

Lo particular y lo universal a fines del siglo xx

Nueva Sociedad
134
noviembre
diciembre
1994

Pablo González Casanova

El movimiento por la democracia con pluralismo ideológico, religioso y justicia social, cada vez se extiende más en distintos países del Tercer Mundo. Como movimiento universal tiene posibilidades de vincularse a un nuevo internacionalismo de partidos, trabajadores y pueblos. En esa vinculación es difícil que no se concrete una unión entre asalariados de dentro y fuera del capitalismo global. Con muchas fuerzas políticas más, unos y otros se verán obligados a actuar ante las catástrofes y tumultos que se preparan para los próximos años. Para que esa acción sea universal habrá que recibir a los movimientos nacionalistas, étnicos y tribales que luchan en su interior contra las mafias que los dominan.

Jugar con la dialéctica permite vislumbrar hipótesis: si digo que lo universal concreto incluye lo particular, pronto veo que se confirma tan mecánico razonamiento. Pienso que lo universal es «occidental», o también «chino» y «mexicano». Abro la posibilidad de estudiar lo universal en sus manifestaciones particulares. Considero los «derechos del hombre» o la «justicia social» –por

Pablo González Casanova: sociólogo mexicano.

Palabras clave: luchas sociales, capitalismo transnacional, Tercer Mundo.

ejemplo— en los cuatro puntos cardinales. De ahí puedo pasar al estudio de luchas particulares en que *aparece* lo universal concreto, como las de los oprimidos contra los opresores, las de los explotados y excluidos contra los explotadores. Desde lo particular veo surgir las generalizaciones sobre lo universal, y desde lo particularista, las metas comunes.

La búsqueda es importante cuando, como ahora, el universalismo de los movimientos igualitarios y socialistas se halla en un deterioro global. Hoy la mayor parte de las luchas sociales de los oprimidos se da con ideologías particularistas, o que parecen serlo. No todas las luchas particularistas de etnias y naciones expresan valores universales de igualdad, libertad, fraternidad. Las luchas racistas y fascistas expresan siempre intereses particulares. Pero las luchas de etnias y naciones no son necesariamente particularistas. A menudo representan a quienes desde «la mayoría» de cada etnia, desde el «bajo pueblo» o «el pueblo pobre» de cada nación, luchan por la libertad, por la fraternidad y contra la injusticia social, contra la explotación, la marginación y la exclusión. En esos casos, las luchas particulares descubren metas comunes y una condición universal de los «condenados de la tierra» en medio de distintas civilizaciones, culturas e ideologías.

El juego dialéctico suele ser algo más que un juego: en ocasiones supera las luchas particularistas, descubre los valores universales que se manejan desde una perspectiva étnica o nacional. La dialéctica como ejercicio intelectual es una manera de encontrar lo universal concreto. Pero existe otra que es igualmente importante y no tan visible. Aparece como dialéctica real del capitalismo transnacional o global. Las relaciones del capitalismo transnacional dominan hoy la «economía-mundo». Esa dominación es característica de un particularismo universal: dominan los intereses de un capital que se ha reestructurado para continuar su reproducción y para ampliarla. En la etapa neoliberal la reestructuración ha adquirido características especiales. El capitalismo global de fines del siglo xx, privilegia ciertas estructuras que corresponden a *fenómenos particulares focalizados o localizados*, con *nichos*, *clusters* o *santuarios* que alteran las características generales, los objetivos generales, y las propias generalizaciones y explicaciones.

Si el neocapitalismo del Estado asistencialista acabó con el concepto-fuerza de los proletarios de todos los países capaces de unirse, y lo hizo mediante la estratificación de la clase trabajadora, el capitalismo transnacional, en su etapa de globalización, acentúa las diferencias de los trabajadores mediante estructuras focalizadas o localizadas que alteran aún más el pensar y el hacer de las polí-

ticas de interés general, de por sí limitadas, y eliminan o neutralizan buena parte de los logros alcanzados por los trabajadores organizados. El neocapitalismo del Estado benefactor fue aprovechado para acentuar las diferencias entre la clase obrera; la transnacionalización global focalizada tiende a manejar de manera más puntual esas diferencias. Aquél se dio antes del auge de la transnacionalización, digamos antes de los años 70 y 80. Hasta entonces la estratificación de los trabajadores, como realidad mundial, y la de cada nación en lo particular, todavía permitía hacer generalizaciones estratificadas sobre los trabajadores, a sabiendas de que, esas generalizaciones correspondían a comportamientos «esperados» de clases y subclases, que variaban según los subsistemas o contextos.

En una etapa más avanzada, que ocurre en este fin de siglo, el capitalismo global-transnacional impulsa inversiones, prestaciones y concesiones focalizadas de dos tipos: unas destinadas a la acumulación y otras a la legitimación. Las dos a que se refiere James O'Connor como características del Estado¹. Ese tipo de inversiones –naturales e inducidas– alteran las luchas universalistas de los trabajadores, tornándolas aún más particularistas de lo que las volviera el desarrollo del neocapitalismo y el imperialismo desde fines del siglo XIX. Las inversiones focalizadas dan al capital, y a las clases dominantes de los Estados-nación, una mayor libertad para la acumulación privada. También incrementan la gobernabilidad del capital y del Estado neoliberal con una legitimación restringida pero efectiva que se combina con la política represiva focalizada que se abre y generaliza, según las circunstancias.

Las inversiones empresariales, localizadas en lugares de trabajo barato representan un gran beneficio («a great boon») para aquellos trabajadores que de otro modo estarían desempleados, o que trabajarían por salarios todavía más bajos. Las inversiones legitimadoras, en zonas de riesgo, resistencia u oposición, al estilo de las que realiza el gobierno de México con el programa Solidaridad, tienen considerables efectos secundarios: permiten mantener la estabilidad y gobernabilidad en medio de políticas macroeconómicas que acentúan las desigualdades sociales. Tanto las inversiones productivas localizadas como las legitimadoras –por lo menos durante cierto tiempo y en ciertos espacios– rompen la unidad potencial de los «trabajadores» y de los «opositores», incluso de los ya organizados, que vienen del Estado populista o asistencialista anterior. El fenómeno es muy complejo y de difícil predicción en su comportamiento. Las inversiones de acumulación y legitimación no solo se localizan en esca-

1. James O'Connor: *The Fiscal Crisis of the State*, Martin's, Nueva York, 1973, pp. 125-137.

las descendentes de niveles de ingreso, sino en escalas ascendentes, que corresponden a políticas de estímulos: de *nichos o santuarios* para trabajadores protegidos, asociados –como los de la informática– o para empleados de lujo, como los expertos en servicios tecnocráticos.

Las nuevas políticas se realizan en espacios transnacionales e incluso a escala global. No solo obedecen a un «plan», sino a la suma de infinitas decisiones empresariales y gubernamentales sobre las que se toma conciencia *ex-post facto* y que se convierten en opciones de políticas focalizadas. Esas políticas alteran categorías enteras, como las de clase o nación. Desintegran las categorías sociales y políticas, en intereses particulares que hacen difícil o imposible el concebir-expresar-actuar de la «clase» o de la «nación». Ross y Trachte han mostrado las dificultades objetivas de la organización-concepción de la clase trabajadora; Reich ha revelado las dificultades de la organización-concepción de la nación: incluso de Estados Unidos como nación. Ya ni categorías tan elementales como *lo nacional y lo extranjero, el explotado y el explotador, el oprimido y el opresor* se pueden concebir-organizar² según formas tradicionales.

Paradójicamente, en una situación más opresiva y expoliadora que la anterior como la del capitalismo neoliberal, la conciencia crítica que se identifica con «los dominados», y que busca alternativas con los oprimidos, excluidos y explotados, encuentra mucho más difícil la formulación-organización de una imagen-lucha general, significativa y efectiva. Buen número de generalizaciones no solo aparecen como inexactas sino también como inútiles. Buen número de alternativas generales no solo aparecen como inviables sino como carentes de un sujeto general o que represente lo general. El programa y el sujeto general, universal, se construyen en todo caso desde lo particular que se une en la diversidad.

El hecho concreto inmediato corresponde a una desmovilización de los intereses generales, universales. La base de la desmovilización –pospopulista, pos-

En la situación actual predominan las políticas y estructuras destinadas u orientadas a neutralizar a grupos e individuos para que dejen de luchar por los intereses generales

2. V. Robert, J.J. Ross y Kent C. Trachte: *Global Capitalism. The New Leviathan*, State University of New York Press, Albany, 1990, pp. 56-61 y 68-69; Robert B. Reich: *The Work of Nations*, Vintage, Nueva York, 1991, p. 208 y ss.

comunista y neoliberal– se da al nivel de las políticas de inversiones localizadas para la acumulación y la legitimación del capital. El capital ocupa los espacios públicos, nacionales y sociales que se le habían arrancado en el periodo histórico anterior. El nuevo tipo de políticas y estructuras que genera invalida cualquier generalización, explicación causal o proposición orientada a metas que no den cuenta de las redes de inversión localizada, de su combinación con estratos y movilidades sociales remanentes, o con las antiguas y nuevas formas de atomización con etnias y sectas, naciones y religiones.

Las redes de inversión localizada y de *nichos* le quitan significación a las generalizaciones tradicionales y al pensar-hacer alternativo. Los pobres y extremadamente pobres pueden aumentar; también puede aumentar la proporción de excluidos y marginados; y hasta la depauperación de los sectores medios; o el empobrecimiento de los servicios públicos, o el desempleo y el subempleo. Esos aumentos no tienen los efectos «esperados» en estructuras y tendencias anteriores. La nueva dominación del capital, con las estructuras «ajustadas» de los mercados y los Estados, mediante las inversiones localizadas y los *nichos*, permite al capital –en el corto plazo y por un tiempo impreciso– una gobernabilidad aceptable de sus negocios. Su margen de libertad aumenta con variantes funcionales en las políticas globales y locales de consenso y conflicto. La importancia o peso de la negociación, y la importancia y uso de la represión varían mediante cálculos de costos-beneficios económico-políticos. También cambian según la correlación de fuerzas de los grupos de poder económico y político. En EEUU estas diferencias «tácticas» se dan entre republicanos y demócratas y en el interior de cada partido; o en el Gobierno, entre los políticos civiles con sus simpatías y diferencias con el Pentágono. Se repiten en todos los países del mundo y sus redes globales. Negociación y represión son así objeto de «cálculos» y de luchas de las elites dominantes.

Si los trabajadores y las clases medias se habían hecho de parte del poder del Estado, o de parte del Estado-nación, la nueva estructuración del capital tiende a eliminar o burlar esos triunfos parciales de trabajadores y empleados al reestructurar los intereses particulares de muchos de sus miembros. Sustituye o complementa las estructuras estratificadas por redes de inversiones localizadas de acumulación, legitimación y represión, que corresponden a puntos privilegiados de explotación y enajenación, de bienestar y consenso y de fuerza basada en la violencia.

El auge de lo universal particularista concreto del capitalismo transnacional asegura la continuidad del sistema, al menos en un periodo relativamente sa-

tisfactorio para la mirada estrecha y particularista de los grupos de poder, de los propietarios y gerentes de las compañías y de las elites estatales. Como ya lo ha mostrado Milliband, no desaparece la lucha de clases. Pero la gran reestructuración neoliberal logra un hecho impresionante: el incremento de la explotación-sin-lucha-contra-la-explotación. En todo caso impone resistencias muy desorganizadas –en lo social, lo intelectual y lo político.

En el escenario mundial no aparece un protagonista (al estilo del trabajador industrial del capitalismo clásico europeo). Los distintos asalariados de la sociedad formal e informal, o *los respetables y desarrapados* del centro y la periferia, con sus variados nichos y yerros, difícilmente aseguran una dudosa unión universal. Por lo pronto –sobre todo en el campo económico– nada más defienden sus intereses particulares: de grupos e individuos³. El «nuevo Leviathan», al igual que el antiguo, deja como única alternativa la barbarie. Exige sumisión al nuevo orden del capitalismo global, so pena de Somalias y Sarajevo. Impone el «poder capaz de someter a todos», o «la destrucción de unos por otros» (*Leviatán*, cap. XIII).

Más que de un protagonista o de ninguno, la historia universal parece cargada de variadísimos protagonistas de los intereses generales. Estos, como Liliputs, se enfrentan en formas particulares a las redes de inversiones localizadas, a las estructuras sociales y estatales de las políticas de ajuste, o se desbaratan entre sí, como ocurre con los habitantes del ex-bloque soviético o de Nicaragua, Angola, sur de Asia o los países ricos en hidrocarburos y minerales –como los de Africa subsahariana expuestos a un proceso de exterminio en que la propia población excedente se autodestruye. Esas poblaciones se encuentran en el círculo opuesto de las que habitan en los santuarios y nichos y tampoco representan «los intereses generales». Se entrematan.

En los protagonistas de los intereses generales, el problema de *lo universal concreto como alternativa* se plantea a partir de algunos elementos comunes que presentan los movimientos particulares de *los oprimidos*. En esta categoría –que Paulo Freire hizo famosa– aparecen los explotados, los reprimidos, marginados y excluidos. Las posibilidades de unión interna y externa de todos ellos no

***A corto plazo
no hay ningún
indicio de cambio
hacia organizaciones
internacionales de
base trabajadora
que se unan por
objetivos comunes***

3. Ralph Milliband: *Divided Societies. Class Struggle in Contemporary Capitalism*, Oxford University Press, 1991, p. 37 y ss.

parecen muy grandes en el momento histórico que vivimos; muchos no resisten efectivamente las políticas de cooptación, de mediatización, intimidación o eliminación estratificada y focalizada. En la situación actual predominan las políticas y estructuras destinadas u orientadas a neutralizar a grupos e individuos para que dejen de luchar por los intereses generales.

Sin embargo, y esto es lo más importante, en la amalgama de las luchas de los oprimidos reaparecen los intereses generales como un fenómeno no solo moral sino político. Los protagonistas deshilachados articulan, generalizan y profundizan las luchas particulares encontrando lo nuevo universal. Las estructuras de mediación, particularización y atomización no son absolutamente infranqueables. En momentos de difusión o generalización de demandas y presiones sobre el sistema global, los oprimidos, y sus asociados de diversas figuras forjan alternativas universales en movimientos que logran superar las estructuras de cooptación, las políticas focalizadas de privilegios y legitimación, y el miedo. Lo universal es distinto del pasado. No se le conoce bien porque se ignora su nueva dialéctica como transa y coraje. Se ignora el particularismo actual de pobres, depauperados, excluidos, oprimidos y asociados: su voluntad organizada y conciente, también principiante como historia nueva.

Para acercarse a los movimientos particulares con objetivos universalistas es necesario reparar en la globalización del capitalismo y el Estado. La globalización está relacionada con la reestructuración del Estado y con la integración y desintegración de bloques de Estados. En el proceso de globalización, los fenómenos de reestructuración del Estado no se limitan a políticas de ajuste, reforma, modernización de los aparatos estatales o integración deliberada de bloques y zonas multiestatales. La globalización corresponde a fenómenos parcialmente controlados de desintegración y reintegración de los Estados, de las clases y de las etnias. En la globalización del Estado se reformula la problemática del particularismo y el universalismo.

Las políticas de ajuste neoliberal han sido aplicadas parcialmente en el Primer Mundo; dentro de éste, su mayor impacto ha ocurrido en los EEUU de Reagan-Bush y en la Inglaterra de Thatcher-Mayor. Las socialdemocracias europeas han defendido bien que mal algunas estructuras del anterior Estado asistencialista. En el Tercer Mundo, en cambio, las políticas de ajuste se han aplicado con mucho más fuerza: la liberalización económica, la apertura de mercados de bienes, servicios y capitales, la privatización del sector público, la disminución de la *intervención* del Estado en la regulación de la economía nacional y social, la transferencia de riquezas naturales y de fuentes energéticas, han dado fin a

las políticas nacionalistas y desarrollistas de la época anterior, y a las estructuras populistas y autoritarias en que habían caído, para sustituirlas por regímenes de democracia limitada, cuya legitimidad y gobernabilidad son precarias y en que aparecen nuevas formas de autoritarismo civil y militar.

El modelo neoliberal ha beneficiado sistemáticamente al capital transnacional y asociado al promover las exportaciones, eliminar la protección de los mercados internos y nacionales, recortar las inversiones y gastos sociales, disminuir el número de empleados y trabajadores públicos, abatir los sueldos y salarios de la mayoría, alentar las inversiones extranjeras con exenciones, subsidios y concesiones, enajenar los recursos nacionales, públicos y sociales, y reducir al Estado a sus aparatos impositivos y represivos. La política de ajuste en el Tercer Mundo ha reclamado también la modernización del sector público encargado del comercio transnacional y de servir las grandes empresas transnacionales y asociadas. La política de ajuste ha empobrecido a la mayoría de las clases medias y los trabajadores organizados, y ha aumentado la proporción de la población que se encuentra en condiciones de pobreza y extrema pobreza. Buena parte de los habitantes



de antiguos países coloniales de África, Asia y América Latina han visto cómo pierden derechos de asociación y huelga de los que antes gozaban como trabajadores organizados; los derechos de propiedad y uso de las tierras que habían alcanzado como campesinos organizados; los derechos de salud, educación y seguridad social que, entre algunas capas de la población habían logrado los sectores medios, sus sindicatos y asociaciones. Al mismo tiempo, empleados,

trabajadores y campesinos han descubierto que los derechos ciudadanos ofrecidos por el neoliberalismo no tienen un peso significativo para el diseño de políticas que los favorezcan o defiendan. En los países del Tercer Mundo la inmensa mayoría de los ciudadanos está en la pobreza y la extrema pobreza; en caso de votar como mayoría y de que sus votos sean *efectivos* plantea demandas sociales y problemas de gobernabilidad, que la clase política y la clase dominante consideran inaceptables. Pero incluso la propia democracia electoral es sumamente precaria, como lo son las libertades de organización y los derechos individuales.

Las políticas de ajuste han derivado así, de un lado, en un sector moderno del Estado, donde la reforma permite que los aparatos sean más funcionales para la nueva estructura del mercado transnacional; y, de otro, en un sector no modernizado cuya administración y política se vuelven cada vez más ineficaces en la economía, la salud, la educación y los servicios de infraestructura, algunos de los cuales –como carreteras, transportes, comunicaciones– sólo mejoran o funcionan cuando las actividades predominantes del comercio y la economía transnacional así lo requieren.

A la debilidad de la clase dominante nativa –dividida en facciones y grupos étnicos, religiosos y regionales, algunos de ellos asociados al capital transnacional– se añade la creciente debilidad fiscal y moral del Estado que con el pago de la deuda externa e interna sufre una sangría permanente, y con el empobrecimiento de la población asalariada –principal fuente de recursos renovables para atraer capitales–, y con la represión de los inconformes está condenado a una política antidemocrática y deslegitimadora que las elites transnacionales se dan el lujo de censurar y manipular procurando quedar a salvo de la censura y la pérdida de autoridad.

Al nacionalismo, que en el pasado representó *en parte* los intereses generales de las nuevas naciones y de los movimientos de liberación, sucede entre los pueblos un patriotismo incierto y en las elites un «globalismo» militante y tecnócrata. A las luchas de los trabajadores industriales y agrícolas, en las que participaron unidos *una parte* de los obreros y los campesinos, o a los intentos de formar frentes populares que de hecho sólo contaron con los empleados, obreros y campesinos *organizados* y con las etnias y clientelas más próximas a los dirigentes, suceden formaciones de clases imprecisas con núcleos cada vez más *pequeños* de obreros privilegiados, con amplios sectores medios desmoralizados, entre cuyos miembros los valores colectivos a menudo se olvidan hasta como demagogia, bajo un clima de «incentivos» y luchas individuales. Así, mientras

las antiguas luchas generales antiimperialistas, nacionalistas, agraristas, obreras, revolucionarias –con nombres que ya nadie quiere oír–, tienden a extinguirse o diluirse, las nuevas luchas por la democracia electoral y los derechos humanos, se ven limitadas por burdos fraudes y manipulaciones electorales, y por una eclosión de violencia que se combina con una corrupción generalizada y con el desarrollo de actividades ilegales de bandidaje urbano y rural, muchas de ellas inscritas en el narcotráfico, contrabando y mercado negro.

***La legitimidad
de la resistencia
a menudo se reduce
a grupos de familias,
parientes o vecinos;
o de comunidades,
tribus y etnias***

Algunos problemas característicos de la sociedad y el Estado se agudizan. Hoy, en buen número de países del Tercer Mundo el Estado sólo controla parte del territorio nacional; las clases dominantes se hallan divididas –muchas de ellas por etnias o credos– y ninguna hegemoniza a las demás como en un Estado-Nación; el proletariado está a la vez dividido y disperso hasta en el interior de las naciones, a veces con divisiones precapitalistas –algunas tribales–, siempre con divisiones neocapitalistas –de trabajadores sindicalizados y no sindicalizados–, o transnacionales y globalizadoras –entre trabajadores de maquila y trabajadores de ensamble o de laboratorio, o entre trabajadores-ciudadanos y trabajadores nómadas, migrantes, marginados. La nación-Estado muestra fuertes divisiones regionales con marcadas tendencias a la «balcanización» y a la desintegración; las etnias carecen de un frente común; las organizaciones de masa abarcan sólo a una parte mínima del «sector moderno»; los gobiernos tienen una legitimidad precaria; el nivel de eficiencia y la cobertura de los servicios públicos es lamentable, como la ineficacia y corrupción del servicio civil que a menudo combina represión generalizada con uso de la mentira como discurso oficial. La falta de legitimidad de los gobiernos se debe a que muchos surgieron de golpes de Estado –como los de Benin, Ghana, Sudán y Uganda en Africa, o los de Haití y Perú, en América Latina; otros de intervenciones relativamente encubiertas o abiertas, como en Angola, Chad, Etiopía, Grenada, Lesoto, Mozambique, Panamá⁴, Zaire o Zimbawe. La falta o la pérdida de legitimidad no se reduce a los gobiernos: con frecuencia abarca o amenaza gravemente a las organizaciones de alternativa, populistas, sindicalistas, comunistas, socialdemócratas, de izquierda, y a antiguos grupos guerrilleros, ya sea que sigan en la lucha armada, ya que se integren a los procesos de negociación política. Cuan-

4. V. Richard Sandbrook: «Economic Crisis, Structural Adjustment and the State in SubSaharan Africa», Institute of Social and Economic Research, Kingston, 1989, mimeo.

do eso no ocurre surgen movimientos sumamente complejos, generalmente de base urbana, con posibilidades que hasta ahora van del simple derrocamiento de gobernantes y la elección de gobernador o de autoridades locales, a proyectos alternativos de gobierno con políticas sociales que carecen de bases de poder económico que tienen que construir las bases de un nuevo poder económico alternativo.

En esas condiciones, la legitimidad de la resistencia a menudo se reduce a grupos de familias, parientes o vecinos; o de comunidades, tribus y etnias. La crisis de las luchas universalistas, de clase o Estado-nación, provoca un enroque o regresión hacia formas tradicionales de resistencia con mediadores paternalistas, con «consejos» de familia o tribu, con caciques y caudillos, o con representantes-participantes y miembros de las comunidades en pugna. La crisis de los valores universales y de las organizaciones que antes los defendían coincide con la crisis de las mediaciones y la crisis de la representación. Mediación y representación cobran formas inmediatistas y participativas, por lo general autoritarias, en razón de los peligros que aumentan, y de una *cultura primitiva de la resistencia* que regresa. Lo nuevo universal tendrá que salir en buena parte de esas organizaciones particularistas que se encuentran en los pueblos, etnias y tribus. De allí y de los barrios y centros de trabajo urbanos tendrán que aparecer organizaciones nuevas en su estructura y su pensamiento. Es muy probable que de sus combinaciones surjan fenómenos de creación histórica.

Al mismo tiempo, entre los grandes cambios se da la integración y desintegración de grandes bloques de Estados: el de Europa, el de Norteamérica, el de Africa del Sur, el de Israel y Medio Oriente, el de Japón y el Extremo Oriente. La integración de zonas de libre comercio, de mercados comunes y de comunidades económicas, presenta distintas pautas. La mayoría renueva las relaciones disimétricas, aunque está abierta la posibilidad de relaciones menos injustas. En el caso del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Tlcan), las diferencias de salario de los trabajadores mexicanos y norteamericanos –de 1 a 10–, y el abatimiento de los costos de producción por falta de exigencias de seguridad en el trabajo y en la protección del medio ambiente, en nada tienden a ser limitados por el proyecto original. En él –y en las propuestas sucesivas– tampoco se facilita, o prevé para el futuro, la libre circulación de trabajadores en los tres países, con lo que queda cautiva una gran masa obrera –en especial la mexicana– a cuyo territorio se invita a ir a los empresarios, ya libres de muchas obligaciones o trabas que encuentran en los dos países más desarrollados. La invitación para explotar una mano de obra barata es una invitación oficial: si antes se movía a los esclavos, ahora se mueve a las fábricas. Sin que se deje

mover a los braceros. Al mismo tiempo, y fuera del Tratado, la presión por un sistema democrático electoral se fortalece. El hecho constituiría un factor importante en favor de la democratización del sistema político mexicano, si las políticas de ajuste que el Gobierno ha aplicado, con las consabidas consecuencias de empobrecimiento y desigualdad, no amenazarán la gobernabilidad autoritaria de la clase dominante. Es más, tanto al apoyar como al rechazar el tratado parecen imponerse fuerzas que aumentan los beneficios de las transnacionales y sus asociadas, que a veces favorecen la implantación de una «democracia limitada», y que siempre están listas a apoyar la política de fuerza del «complejo militar-industrial». El gobierno del Partido Demócrata en EEUU presenta la posibilidad de que se atiendan algunas presiones de los trabajadores norteamericanos. Estos juegan entre dos alternativas: una política proteccionista de EEUU frente a los bajos salarios y costos mexicanos, o una política a medio plazo de igualación programada de salarios, seguridad laboral, y protección del ambiente. La posibilidad de que predomine entre los trabajadores la lucha por la política proteccionista no puede descartarse. Las ideologías particularistas en las centrales norteamericanas son muy fuertes. El racismo y el chauvinismo regresan con toda virulencia a EEUU; son populares y también oligárquicos. Encuentran fuertes apoyos en las centrales obreras y en Ross Perot y el populismo ultra-reaccionario estadounidense⁵.

El temor a perder los derechos sociales adquiridos predomina entre los asalariados de Canadá; mientras el sindicalismo oficial y autoritario domina y controla a los de México. En las condiciones actuales, la lucha de los trabajadores de los tres países por intereses comunes parece particularmente débil y está desarticulada en el interior de cada uno de ellos. La situación es un ejemplo impresionante del particularismo que subsiste entre los trabajadores, sus organizaciones y su conciencia. A corto plazo no hay ningún indicio de cambio hacia organizaciones internacionales de base trabajadora que se unan por objetivos comunes. Solo entre algunos intelectuales y movimientos políticos y sociales, herederos de las tradiciones de lucha obrera, antirracista, antiimperialista y socialista se esbozan proyectos que en el futuro puedan unir a las fuerzas populares. Estas encierran más semejanzas y experiencias compartidas de las que a primera vista se pudiera creer. Tal vez operen en el futuro.

En los países europeos, las luchas sociales adquieren características racistas, que muchos Estados no logran detener. Los Estados europeos colaboran en la

5. Ross Perot con Pat Clisate: *Save your Job, Save our Country. Why Nafta must be Stopped Now!*, Hyperion, Nueva York, 1993.

consolidación del mercado transnacional ajustando los mercados nacionales con medidas de liberalización que afectan el empleo y las prestaciones de buen número de habitantes. Algunos gobiernos alientan o toleran las posiciones racistas que surgen en la sociedad civil. El racismo les permite continuar con la política de integración de mercados transnacionales, mientras los trabajadores y ciudadanos acentúan el carácter particularista de sus luchas. Como en Norteamérica, en Europa es difícil pensar en un movimiento articulado que una a los trabajadores de todas las razas y nacionalidades. Las desigualdades y disimetrías particularistas de los trabajadores se acentúan en África del Sur y los Batustanes, Israel y Palestina, Japón y Tailandia.

Si desde fines del siglo XIX fue cada vez más visible el abandono de los proyectos internacionalistas por parte de los trabajadores europeos, y en 1914 el internacionalismo socialista hizo crisis, ahora el racismo intranacional e internacional vuelve a cobrar un primer lugar. Hay un *racismo de la clase obrera* y un *racismo de la ciudadanía* que aparece en toda Europa y EEUU. Superarlo en esa región y otras del centro del capitalismo implicará, como ha observado Balibar, construir un movimiento de clase que una a desiguales, y un movimiento transnacional de ciudadanos que logre articular a las *polis* que hasta hoy se ven como «civilizadas», con las que ellos creen que son «bárbaras», y con las que habrían de encontrar simpatías humanas en medio de sus diferencias inhumanas⁶.

Se trata de algo así como un proyecto múltiple y confluyente de actores eurocéntricos que piensan reasumir la lucha universal: ésta puede darse en Europa y Norteamérica, en Japón, incluso en África del Sur e Israel; pero las incógnitas de su desarrollo son muy grandes y en todo caso tienen que ir al encuentro de las que encierran los movimientos «universalistas» de aquellas regiones del mundo que acarrean una historia secular de sometimiento colonial con variantes «modernas». Tan compleja alternativa con movimientos particulares europeos y no europeos, y con posibilidades universales, es hoy impredecible en sus características dinámicas más elementales. Desde la I hasta la IV Internacional, todos los proyectos pasados parecen menos complejos en comparación con este universalismo que surge de todas partes: de los eslabones más débiles y también de los más fuertes.

Si en la integración de los grandes bloques de Estados y los mercados comunes y zonas de libre comercio reaparecen los intereses particularistas en las propias

6. Etienne Balibar: «Racisme et Politique dans l'Europe d'aujourd'hui» en *Futur Antérieur* N° 5, primavera de 1991, París, p. 27 y ss.

clases, naciones y etnias dominadas –no se diga ya en las dominantes– otro tanto ocurre en la desintegración de bloques de Estados, o de Estados multinacionales y de Estados-nación. La desintegración del bloque soviético corresponde a la del proyecto mundial leninista que intentó unir las luchas de los trabajadores y las de los pueblos para su liberación del capitalismo y del imperialismo. La derrota del proyecto empezó con el triunfo del stalinismo en los años 20; su desintegración ideológica, económica, moral, militar, política y territorial se hizo definitiva en 1989. En este año, fue oficialmente abandonado el proyecto universalista que integró y organizó al mayor número de pueblos, trabajadores y culturas en la historia del hombre. Traicionado o derrotado desde fines de los años 20, siempre encerró en su seno a quienes intentaron recuperar sus objetivos originales; sobre ellos –y sus ideales de un socialismo democrático– siempre triunfaron las fuerzas que harían de toda esta historia el lento ascenso de una burguesía burocrática para la que el leninismo violado fue lo que el protestantismo cumplido fuera para la burguesía inglesa.

La desintegración del bloque soviético, la ruptura de Checoslovaquia, la fragmentación horrenda de Yugoslavia; la de la URSS en 15 repúblicas amenazadas a su vez de dividirse –como la propia Rusia–, y el enfrentamiento armado de unas repúblicas contra otras, o en el interior de las mismas, se combinan con la desintegración de las organizaciones de trabajadores y de los partidos comunistas, y con la desorganización de la ideología y el discurso dogmáticos y autoritarios. Al mismo tiempo no surge una corriente crítica y democrática, que reformule el pensamiento filosófico, político y económico del socialismo universal. Tampoco el que fortalezca y precise el proyecto democrático. Los observadores más serios advierten cómo «las dificultades que se van acumulando hacen crecer el descontento y la tensión social desplazando el eje ideológico de la democracia y el civilismo occidental al nacionalismo, al tradicionalismo y a cierto autoritarismo»⁷. Así al «régimen derechista de los ex-comunistas», y al desmantelamiento de un Estado que resultó irreformable, sucede un proceso de desintegración creciente con nuevas formas de autoritarismo y violencia, e incluso con verdaderos actos de genocidio racial como en Georgia, Rusia y la ex-Yugoslavia.

El proceso reviste un doble carácter, el de «preparación para un capitalismo excluyente», con descapitalización y saqueo, con rapiña sin acumulación o con «acumulación original», todo en medio de un «indoctrinamiento mentiroso»

7. Kiva Maidanik: *De la Perestroika al golpe de Estado*, UNAM, México, 1991, p. 141.

que por sí mismo es una forma de violencia verbal y conceptual, y que va del nacionalismo moderado a las ideologías extremistas de un fascismo poscomunista. La caída de los niveles de vida es aterradora. La gente se debate en la miseria y el frío mientras la nueva burguesía ex-marxista-leninista, ya sin caretas, hace ostentación de sus lujos. Entre la superinflación y la superdevaluación, en un mundo que ha perdido gran parte de su sistema de seguridad social y de empleo, muchos ganan 1/8 de lo que ganaban hace tres años. El mercado queda en manos de gánsteres y piratas. El poder queda en manos de mafias, como se conoce a las redes semicriminales que controlan la economía, las armas y la política.

El ex-bloque soviético se constituye en repúblicas soberanas, se recluye en autonomías y minorías étnicas, en clanes, dirigidos por una burguesía burocrática con elites periféricas que son mafias. Estas impulsan una especie de nacionalismo primitivo y fascista, que usa las amenazas y ofensas a la nación, reales o ficticias, como nuevo elemento de despolitización. Es un nacionalismo en el que sus voceros lejos de criticar al imperialismo, al capitalismo, o a la empresa privada como lo hacían hasta hace poco, desorganizan otra vez al pueblo, mental y políticamente, inventando paraísos privados con la esperanza de obtener préstamos e inversiones que no llegan. En ese tipo de nacionalismo el anticomunismo, el antijudaísmo, el antiislamismo, son solo una manifestación de odio que justifica la destrucción del prójimo, o su despojo y su expulsión, con humillaciones y violaciones que le quiten las ganas de regresar cuando logre huir. Las minorías se convierten en chivos expiatorios vejables y despojables; las luchas interétnicas se vuelven luchas de conquista en nombre de la pureza étnica y de la recuperación de lo que al racista le pertenece y le ha sido injustamente arrebatado por imperios idos de los que queda la minoría invasora descendiente en dos o más generaciones de invasores del pasado. La política de discriminación, de vejaciones, de terror y saqueo se ceba en las propiedades, las mujeres, y los niños. Al destruirlos física y moralmente adquiere una bestialidad bárbara y europea⁸.

La desmoralización, el odio y la ignorancia política de las masas, contribuyen a una anomia de la izquierda que se da en las ideas y en las organizaciones. En todos esos países, que se enorgullecían de llamarse socialistas, «hoy existe una de las izquierdas más débiles e impotentes del planeta (...) con masas explotadas y desesperadas». Es una izquierda que «no aceptará –durante años– ni la terminología, ni la ideología de la izquierda universal», al decir de uno de sus

8. De una conferencia de Bogdan Denitch en la UNAM, enero de 1993.

más honestos observadores⁹. Pero en medio del aplastamiento de valores, de la pérdida de conceptos y lenguajes de lo universal marxista-leninista se advierte el inicio de una nueva historia. Maidanik la ve en «el movimiento de defensa social que será el punto de partida (...) contra la explotación estatal y privada».

Piensa que esa lucha, tarde o temprano, adquirirá una expresión política. En ella se expresarán la acumulación teórica y práctica de los trabajadores y los pueblos oprimidos frente a la nueva acumulación capitalista.



Como muchos teóricos del Tercer Mundo, Maidanik afirma con razón que esa lucha se organizará «en defensa de la democracia», de «los derechos humanos», y de «un programa de acción en que las masas puedan decidir».

De los particularismos del ex-mundo soviético y del proyecto universal más grande, hecho trizas, saldrán también las expresiones de lo universal concreto que allí, como en otras regiones del mundo, tienden a aparecer con un cierto tipo de democracia de los de abajo y con la metamorfosis pro-

fana de un leninismo creador hacia otro, heredado e imaginativo, clásico y contemporáneo, y desde luego mucho más democrático y plural que el del pasado, y sin ese nombre.

Una hipótesis viable consiste en pensar que los ciudadanos, proletarios y pueblos siguen encerrando una alternativa universal. Como ha escrito Wallerstein: «una alta proporción de la actividad política basada en las clases ha tomado la forma de una actividad política basada en los pueblos»¹⁰ y dentro de los pueblos en la mayoría de los mismos. Así desde los movimientos particularistas de Europa occidental, EEUU o Japón; desde los bloques que se integran y se

9. Maidanik, ob. cit., p. 187.

10. Immanuel Wallerstein: «The Construction of Peoplehood: Racism, Nationalism, Ethnicity» en *Sociological Forum*, 2:2, 1987.

desintegran, y desde el Tercer Mundo, que sufre las consecuencias de 500 años de colonialismo y 10 de políticas de ajuste, distintos tipos de ciudadanos, de proletarios, pueblos y etnias pueden hacer, más que nunca, un movimiento único y diverso, un movimiento universal que plantee a la vez el problema de los oprimidos y los explotados. Para realizarlo se revela necesario un planteamiento común que forje «la historia de los movimientos sociales con relación a las luchas democráticas», y que busque las corrientes democráticas en el interior de cada etnia, nación o imperio, así como en el interior de los movimientos ciudadanos, de los movimientos proletarios, de los movimientos populares, y de los movimientos de etnias y nacionalidades, sectas y religiones.

Hasta hoy se han enfrentado actores falsamente unificados a otros, unificados con igual falsedad. A esos actores se les han atribuido virtudes y defectos abstractos: como si el indio por ser indio fuera bueno, o bueno el africano por ser africano, y malo el europeo o el norteamericano por ser occidentales. En el caso de las etnias y las nacionalidades no se ha visto que los movimientos democráticos y sociales tienen que luchar en sus propias etnias y naciones contra caciques y explotadores que forman parte de las mismas.

En el caso de los movimientos de ciudadanos, de obreros y de pueblos no se ha visto que en las propias alternativas al sistema dominante hayan surgido los nuevos opresores y explotadores, a falta de una democracia de la mayoría que controle a los propios liberadores. El nuevo movimiento universalista tiende a plantearse en forma prioritaria este tipo de problemas, aunque con incógnitas muy grandes sobre la articulación de las acciones internas y externas, que a la vez sean *democráticas y efectivas para luchar*.

El movimiento por la democracia con poder del pueblo, con pluralismo ideológico, religioso y justicia social, por incipiente que sea, cada vez se extiende más en distintos países de América Latina, Africa, el mundo árabe, el sur de Asia y el Extremo Oriente. Como movimiento universal tiene posibilidades de vincularse a un nuevo internacionalismo de partidos, de trabajadores y de pueblos. En esa vinculación es difícil pensar que no se dé una unión de los asalariados que se encuentran fuera y dentro de los nichos del capitalismo global. Con muchas fuerzas políticas más, unos y otros se verán obligados a actuar ante las catástrofes y tumultos que objetivamente se preparan para los próximos años. A fin de que esa acción sea universal habrá que dar la bienvenida a los movimientos nacionalistas, étnicos y tribales que luchan en su interior contra las mafias que los dominan y también por el derecho de los pueblos, un valor universal tan importante como el derecho de los individuos y el de los trabajadores.

La liberación democrática internacional, nacional, étnica, campesina, obrera, popular, puede constituir un proyecto universal concreto. Frente a «la reducción del contenido de la democracia a los intereses de las clases propietarias», se plantea una «transformación social que organice y pase a la iniciativa a las fuerzas democráticas de la sociedad», para que éstas controlen a caciques, caudillos, mafias y burguesías, con «una organización de la democracia desde dentro de cada etnia, nacionalidad, religión (...) y no desde fuera de la etnia, de la nación o de la religión»¹¹ y con organizaciones avaladas en las «clases populares» de todo el país. Son ellas las que eventualmente harán el movimiento internacionalista y universalista.

Cuidando que la propia *alternativa* sea democrática, desde hoy es necesario postular que las organizaciones de los de abajo deben ser también democráticas para que en ellas no se alimenten las nuevas tiranías. Se tratará de elaborar una utopía más avanzada que las anteriores, que se hará en el camino. Una eclosión general de la misma en el conjunto del globo político puede dar pie a un sistema que antes habríamos llamado «socialismo democrático». Ahora la mayoría de la gente prefiere acercarse a él solo como democracia, o con énfasis en la democracia.

En el proceso histórico, la investigación en ciencias sociales tendrá una responsabilidad inmensa. Es cierto que el colapso del socialismo real, y antes la refuncionalización de la socialdemocracia en el capitalismo, más que errores del marxismo-leninismo o del marxismo fueron derrotas. Pero esas derrotas no pueden ocultarnos el hecho de que quienes venimos de una tradición científica que busca poner la investigación al servicio de los explotados de la Tierra, heredamos explicaciones que se basaban en sistemas cerrados de explotación. Desde las notables aportaciones a la dialéctica científica de Marx y Hobson, los análisis causales de la explotación, la democracia, la acumulación, las clases y el imperialismo se basaron en modelos esencialmente lineales. En ellos predominó un razonamiento científico que consideró «a factores iguales efectos iguales». Ese razonamiento no contribuyó a acabar ni con la explotación ni con la dominación capitalista; al contrario permitió a una y otra consolidar, profundizar y extender sus raíces en el mundo entero.

A fines del siglo xx, la dialéctica real del capitalismo sigue constituyendo un reto epistemológico, político y humanístico esencial para la dialéctica científica

11. Mahmood Mamdani: «State and Civil Society in Contemporary Africa. Reconceptualizing the Birth of State Nationalism and the Defeat of Popular Movements», Ccodesria, Dakar, 1988, mimeo, pp. 24 y 49-50.

ca. Pero se encuentra muy lejos de rechazar *in totum* los paradigmas clásicos. Estos tienen que ser reformulados y enriquecidos con las relaciones de explotación y dominación de un *sistema abierto* capaz de producir estructuras con relaciones *no lineales* en que a mayor explotación no se da necesariamente una agudización de la lucha contra la explotación (llamada lucha de clases), en que a mayor explotación no se da necesariamente la depauperación de la pequeña burguesía y la proletarianización de pequeños burgueses y campesinos, ni el incremento de una fuerza central proletaria, y en que a mayor explotación no se dan muchas otras tendencias que se habrían dado si el capitalismo no hubiese tenido más «grados de libertad» de los que tenía en la época clásica.

Ya concientes del fracaso político y epistemológico, la corrección de conceptos sobre un sistema mucho más abierto de lo que se creía –y la investigación de fenómenos dentro de ese sistema, en gran medida abierto– es una tarea fundamental para la dialéctica científica. Esta no solo tiene que reestudiar a sus clásicos, y a partir de ellos reformular sus conceptos actuales. No solo necesita retomar a otros que despreció como Durkheim y Weber. También necesita retomar la dialéctica real y sus conceptos actuales para ver los límites de aplicabilidad de éstos, y para precisar hasta qué punto muchos conceptos que manejamos ni se basan en la dialéctica real ni se basan en la científica. Entre ellos se encuentran los conceptos de democracia, de etnia, de pueblo, de clase, de solidaridad, de burocracia y otros tan mal llevados e investigados, tan descuidados en el uso y abandonados en la reflexión, o ninguneados como verdaderos conceptos-acción, como los de plusvalía, explotación, excedente, todos desvinculados de las nuevas categorías reales altamente significativas en el curso del neocapitalismo como los estratos, la movilidad social, la marginación, o de las más recientes del neoliberalismo como la exclusión, y las inversiones y acciones focalizadas.

La dialéctica científica tiene una tarea primordial: reflexionar sobre conceptos que antes rechazaba el pensamiento progresista o revolucionario y que ahora adoptan con violencia sus antiguos integrantes en un nuevo acto de fe, o sobre los que hoy rechaza con irresponsabilidad el creyente que de pronto se declara incrédulo. La dialéctica científica tiene que plantearse los problemas de la democracia de los de abajo; de una economía mundial sin explotación y sin grandes desigualdades; y de un universalismo en que la lógica de las mayorías en una nación o una etnia no sea nunca racista ni excluyente. Se trata de problemas reales no solo políticos sino científicos, sobre cuyo comportamiento probable o posible, tenemos un conocimiento inseguro.